

LOS ARCOS: 638 KILÓMETROS



contra el bilbaíno –o sea, yo–, no en vano este año nos han dado hasta en el velo del paladar.

Iniciamos entonces una bajada, lo que para variar no está nada mal, y no tardamos en comprobar que la media hora que hemos echado entre gaseosas y

RedBulls nos va a pasar factura. El sol está ya en todo lo alto y los doce kilómetros que restan hasta destino se convierten en un calvario. Vides, girasoles y campos segados donde se amontonan pacas de heno son testigos de nuestro deambular cansino.

Ni un árbol que dé sombra.

Rubén tiene los tobillos hechos harina desde que bajó el Perdón y habla de regresar a Madrid, donde le espera la segunda dosis de la vacuna. Le diremos adiós en Logroño. Manuel no está mucho mejor: confiesa

que echó a andar con calzado nuevo y ahora paga la imprudencia. En Estella se le ha aparecido la Virgen en forma de peregrino que le ha drenado las ampollas con una aguja hipodérmica, le ha inyectado Betadine y vendado ambos pies como si fue-

ra el cuñado de Nefertiti. Un trabajo lo que se dice fino.

En Los Arcos, vamos directos al albergue para lamernos las heridas. El termómetro marca 35° cuando leemos que la etapa de mañana será de 30 kilómetros. Que Dios nos pille confesados.

«Solo sé que no sé nada»

— Sócrates

PARA PENSAR

LUIS GARAGALZA

Esta frase, muy recurrida por los estudiantes cuando tienen que hacer frente a un examen que no han estudiado, se le suele asignar al gran filósofo griego Sócrates (470-399 a.C.), aunque no aparece exactamente así en los textos. Formulada así, esta frase se autodestruiría (como la del aquel cretense que decía «todos los cretenses son mentirosos»), pues saber que no se sabe ya sería saber algo. No parece, pues, que el gran filósofo quisiera decir que no sabemos absolutamente nada.

Más bien habría que entender su propuesta como una advertencia contra el dogmatismo, que confía ciegamente en sí mismo y en sus prejuicios: una invitación a tomar conciencia de que nuestros conocimientos tienen límites, de que nuestro saber es saber humano (no es absoluto, ni divino).

Se trataría de reconocernos como humanos y saber que, como humanos, estamos marcados: marcados por el amor o el miedo. Se trataría de saberlo, para poder elegir entre ellos.